

de Santa Quiteria, n.º 3, primera desde varios siglos, según Manzaneque.

Las camas de tablas se cambiaron por otras de hierro. Los serijos por sillas de Vitoria y las familias pudientes pusieron hasta perchas y lavabos, que antes no se conocían.

El viñedo hizo fructífero nuestro suelo y con el tren empezaron a llegar a Alcázar los periódicos antes que a ningún pueblo, cuyo reparto, limitadísimo, tomó a su cargo el padre de las «Carteras» y después «Caguillo», zapatero de oficio, cuya semblanza se hizo en el segundo fas-

hacian lugareros, engrosando las tertulias de zapaterías y demás talleres de artesanos donde siempre había alguno que leyera en alta voz el periódico, antes o después de darle repaso a los chismes locales.

Puede decirse que el pensamiento alcazareño se modeló en la lectura de los periódicos y en los hechos destacados por la prensa de la época: la política, los toros y los sucesos. La gente iba a San Isidro y al Dos de Mayo, con alegría infantil, aprovechando la baratura, como iban a Alicante en los famosos trenes botijos, apretuja-

PUEBLA

Hombre vivaracho, listo, que tomó una parte muy activa en el desenvolvimiento progresivo de la vida local. Tenía una doguería y hojalatería en la calle Resa y allí se hicieron las primeras bañeras de zinc en cuanto la gente empezó a sentir la necesidad de lavarse y cuando todavía no había baños ni en el Palacio Real.

En Alcázar utilizaban, generalmente para los chicos, en plena canícula, los piancones, coladores, artesillas de lavar la ropa y los tinos de las bodegas, puestos al sol para calentarse con los cántaros, cubos y calderas disponibles en la casa y se daban cinco, siete o nueve baños. Siempre nones y sin excederse. Las familias más pudientes solían alquilar una de esas bañeras de zinc, por las que pagaban cinco reales diarios.

Aparte de ese período, las bañeras solo se utilizaban muy excepcionalmente para bañar algún enfermo.

Pero Enrique no estaba ocioso por eso, puso fábrica de gaseosas y se hizo retratista.

Construyó la bodega de la Rondilla y montó la imprenta, componiendo él, o sea que no se dormía para iniciar en Alcázar lo que captaba del exterior, administrándose siempre acertadamente como lo demuestra la posición que se creó.

Su inquietud y fina observación lo acreditó desde muy joven, como demuestra su carta publicada en el tercer volumen de las memorias de Gutiérrez Gamero, titulado «La España que fue». Da detalles muy demostrativos de la proclamación de Alfonso XII en Sagunto, en la que tomó parte como Cabo del Batallón de Reserva de Madrid.

En el centro de esta fotografía figura sentado, con su gran bigote castelano y con las manos cruzadas, Enrique Puebla. Los que le rodean son todos alcazareños que merecieron respeto y confianza general por sus buenas cualidades personales. A su derecha están Julián Arias (el de Pretolo Morano) y Eusebio Montealegre, (el Coso). A su izquierda Jesús Vaquero (el del Registro) e Isidoro López (el del Cielo). De pie, de izquierda a derecha, Pedro Raboso, (el de Perra); Paco Paniagua (el de Quinica); Antonio Barrilero, (Chavicos); León Vaquero y Joaquín Soubriet.



cículo y al que pronto se conoció por «José María el de los papeles». Era aficionado a la música e incluso daba lecciones. A última hora tocó el violón en la orquesta, lo que le haría reírse de sí mismo, pues era hombre de chispa, y el violón el instrumento que mejor cuadraba a su espíritu zumbón. Mondaba la patata asada con tal arte para echar un trago, que cuantos estaban a su alrededor abrían la boca cuando él, pero solo en la suya entraba la «chuleta» de huerta.

La Estación colmó las aspiraciones de los alcazareños y como el campo siguió siendo poca cosa, muchos padres, para dar ocupación a los hijos, abandonaban las hazas a los 40 años y se

dos como sardinas en banasta y nunca se venían sin ver la Parada de Palacio, una corrida buena, y los que podían, una sesión del Congreso y hasta alguna vista ruidosa en la Audiencia por tal cual crimen pasional. En suma, todo aquello de que se hablaba y discutía continuamente en la zapatería.

Los arrieros y los periódicos introdujeron en la vida de Alcázar, aunque tardíamente, los rasgos del romanticismo, matizándola de cierto lirismo e impulso hacia el ideal.

Más satisfechos los cuerpos que en otras épocas, con los estómagos llenos, la gente empieza a desentenderse de lo más inmediato y prende el optimismo caldeado por Alvarez Guerra, un-